

hora, y morir en sus brazos, á fin de que con tan precioso viático hagamos felizmente nuestro viaje desde el tiempo hasta la eternidad.

Favorécenos, Virgen santísima, alcánzanos la gracia que necesitamos para imitar tu humildad y tu sacrificio, la obediencia de Jesús, y los vehementes deseos del anciano Simeon. Haznos verdaderos devotos tuyos, para que seamos dignos de las promesas eternas en la gloria que á todos os deseo. Amen.

---



---

## DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

---

### DISCURSO I.

*Attendite et videte, si est dolor sicut dolor meus.*

Atended y ved si hay dolor como mi dolor.

(JER., THREN. I, 12.)

Una Virgen la más pura y la más santa entre las vírgenes de Judá, una Madre la más tierna y compasiva entre las madres de Israel, María, la más distinguida y privilegiada entre todas las hijas de los hombres, pero también la más atribulada y la más atormentada de todas ellas; hé aquí, católicos, el espectáculo que ese sagrado altar presenta á nuestra vista en este momento. Al contemplarle, al fijar mis ojos en el rostro de esa augusta Señora, marcado con las señales del más agudo dolor, al registrar el cadáver frío, todo ensangrentado y desfigurado que muestra inconsolable en su regazo virginal, yo no puedo menos de exclamar con el tierno y compasivo Jeremías: ¿A quién te asemejaré, oh la más afligida de las madres? ¿A qué dolor compararé tu dolor, Virgen angustiada, hija de Sion? ¿Acaso al de la desgraciada Agar, cuando sola en las arenas del desierto vuelve su rostro por no ver espirar acosado de la sed á su tierno hijo Ismael? ¿O al del anciano Jacob, cuando rasgadas sus vestiduras y cubierto de cilicio no admitta consuelo por la pérdida de José el más querido de sus hijos? ¿Acaso al de la hermosa Esther, desmayada á la vista de la proscripción de su pueblo? No, ¡oh Virgen sacrosanta! vuestro dolor es incomparable. A su lado, el de los personajes más célebres en la historia de las desgracias de la vida es como una débil sombra comparada con la más perfecta realidad, como una gota de agua comparada con la inmensidad inconmensurable del Océano. Y hé aquí, católicos, bosquejado ya el objeto de mi discurso.



Yo me propongo, no probar (porque mi asercion creo no necesita de prueba), sino recordar para nuestra edificacion, que los dolores de la Madre de Dios excedieron incomparablemente á los de toda humana criatura. Para conseguirlo nada me parece más á propósito que echar mano del ardiente y puro amor en que el corazon de esta santísima Virgen se abrasaba. Ponderaré, pues, la grandeza de sus dolores, primero, por la grandeza de su amor á Jesús; segundo, por la grandeza de su amor á los hombres: dos breves reflexiones que me ocuparán en este momento, y que espero ocupen tambien vuestra atencion.

¡Oh Virgen desolada! concededme sentir y penetrarme algun tanto de vuestras penas y amargura, para que pueda llorar con Vos y excitar la compasion del devoto pueblo que rodea vuestro altar, con deseo de oír la historia de vuestros tormentos admirables. Así lo esperamos todos de vuestra piedad, repitiéndoos para más obligaros, las mismas palabras con que en el día de vuestra mayor gloria os saludó reverente el arcángel, diciendo: A. M.

A poco que reflexionemos sobre la naturaleza del amor, de esa passion que tanto influjo ejerce sobre el corazon humano, hallaremos que, al paso que es el principio de los más dulces consuelos, lo es tambien de las más crueles angustias. Y en efecto; ¿cuál es el oficio del verdadero amor? Unir las almas con los más estrechos lazos, hacer comunes los sentimientos, é identificar, digámoslo así, las voluntades. Dadme dos personas que perfectamente se amen: observadlas, y las vereis sentir recíprocamente sus dolores, compartir sus alegrías, y participar mutuamente de sus males y de sus bienes; de modo, que el amor que, por decirlo así, duplica en ellos sus gozos, duplica tambien sus sentimientos y pesares. Tal es la índole del amor. Léjos de mí, católicos, el intento de profanar este santo lugar, ocupándome en la idea resbaladiza de un amor profano. Pero ¿quién ignora que así como el oro es purificado por el fuego, así el amor es perfeccionado por la gracia? Pues bien; de ese amor santo, de ese amor puro y ardiente, más que el de los más encumbrados serafines, estaba lleno el corazon de María, de la que por excelencia se llama la Madre del amor hermoso. Si; María amaba á Jesús, y amaba tambien á los hombres, por cuya causa había sido constituida Madre de Jesús: amaba á Jesús, y Jesús no solo era el hijo único de sus entrañas, sino que era tambien su Dios y su Señor: amaba á los hombres, y los hombres eran, no solo sus hermanos, sino tambien sus hijos adopti-

vos engendrados al pié de la cruz. ¡Oh! ¡y qué no sentiría su corazon cuando con este amor considerase los tormentos y las humillaciones sufridas por Jesús, y las desgracias y la perdicion de los hombres! Penetremos, si nos es posible, en ese mar inmenso de amargura.

Se dice, y es cierto, que no hay en la naturaleza amor comparable con el amor maternal; verdad confirmada por la más constante experiencia. Una buena madre ¡con qué ardor no procura el bienestar de sus hijos! ¡Qué interés, qué tierna solicitud no manifiesta en todo cuanto puede promover su felicidad! Y si esta madre lo es de un hijo único, y este hijo tiene cualidades propias para excitar el cariño aún de los extraños; ¡hasta dónde no llega su amor y su ternura! ¡Y qué dolor no excitan en su alma las desgracias y los padecimientos del objeto de su amor! Vedla si no á la cabecera de un hijo moribundo: ¡cuán vivamente siente ella sus dolores! ¡Cómo espía, digámoslo así, sus menores movimientos y deseos! ¡Cómo está pendiente de sus labios! ¡Cómo le estrecha contra su corazon, cual si quisiera ella restituirle el espíritu que ya le abandona! Esto hace el amor maternal.

Pero, católicos, el amor reunido de todas las madres ¡podrá compararse con el amor maternal de la Madre de Jesús? Ella le ha visto aún en medio de los sollozos de la cuna ensalzado por los ángeles, adorado por los pastores, y visitado por los sábios del Oriente. Ella le ha visto crecer á su lado en sabiduría, en hermosura y en edad, y confundir, siendo niño todavía, á los ancianos y doctores en el Templo. Ella, en fin, le ha visto al llegar el tiempo decretado por el Padre disponer á su arbitrio de la naturaleza, enjugar todas las lágrimas, socorrer todas las desgracias, y trabajar incansable por la salud de sus hermanos. ¡Qué títulos todos los de este hijo para enardecer el amor maternal de María! Pues, si á proporcion del amor es el dolor, ¿qué martirio no causarían en el corazon de esta Señora los padecimientos inauditos de este Hijo tan querido de sus entrañas? Recorramos con Ella la infancia de Jesús. Vedla en el Templo, presentando aquel Niño precioso ante el sacerdote. ¿Quién podrá expresar el terrible estrago que la espada del dolor causó en su corazon amante, cuando el anciano Simeon le notificó, que aquel Hijo tan querido sería el blanco de todas las contradicciones y persecuciones de los hombres? ¿Quién pintará la amargura con que ilustrada de lo alto recorre ya desde entónces uno por uno sus atroces tormentos, y las lágrimas que esta triste memoria la hace verter de continuo? Pero dejemos los dolores producidos en aquel corazon tierno por la me-



moria y la imaginacion, y contemplémosla experimentándolos de presente al huir á Egipto del sanguinario Herodes. Su amor solícito la hace sentir ya cerca de sí los satélites del tirano, y oír los lastimeros ayes de las tiernas víctimas sacrificadas á su ferocidad. Huye en alas del amor y siguiendo el aviso del ángel; pero estrechando contra su corazón, como si dentro de él le quisiese ocultar, á aquel Hijo querido, y repitiendo en medio de su angustia mejor que la Esposa de los Cantares: «Manojito de amarga mirra es mi amado hijo para mí en estos momentos; él morará entre mis brazos; yo le esconderé dentro de mi mismo corazón.» Mas ¡ay! que á ese corazón está reservado un nuevo golpe más cruel todavía; porque sabido es, que al que verdaderamente ama, nada le es más sencillo y verdaderamente doloroso que la ausencia ó pérdida inesperada del objeto de su amor. María perdió también á su hijo Jesús en Jerusalén. Quién la viera en esta situación recorrer sus plazas y sus calles, y anegada en lágrimas preguntar mil veces con la Esposa de los Cantares: Hijas de Jerusalén, ¿habeis visto al que ama mi alma? Tres días crueles le busca por todas partes en medio de una angustia solo á su amor conocida, diciendo en su desamparo con más razón que Ruben en otro tiempo: El niño no parece; y yo ¿dónde iré? ¿Quién me consolará ya sin su dulce presencia? ¡Oh hijo mío! ¿por qué lo has hecho así conmigo? ¿Por qué me has desamparado? Verdaderamente manojito de mirra es mi amado para mí. Lo fué, en efecto, católicos, en tan terrible trance, y de mirra muy amarga, tan amarga como era dulce su amor. Pero todas estas angustias de María en la infancia de Jesús, ¿qué son sinó preludios de otros dolores mucho más agudos todavía? Seguid á esta Madre en los últimos momentos de su Hijo cuando ha llegado el tiempo decretado por el Padre, cuando ha sonado la hora del tremendo sacrificio y Jesús va á morir, y vereis á donde llega su dolor. A su lado está cuando exánime y desfallecido sube al monte Calvario, oprimido más que con el peso de la cruz, con el peso de nuestras iniquidades: á su lado está cuando los crueles sayones, despojándole de sus vestiduras, le renuevan bárbaramente las heridas: junto á Jesús está cuando taladran los sagrados miembros y elevan el sacrosanto cuerpo pendiente de la cruz. Y allí está, no para tener el consuelo de aliviarle, sinó para apurar hasta las heces el cáliz amargo del dolor y la aflicción. ¡Oh trance terrible! La desolada Madre oye decir á su Hijo en aquellos instantes con voz desfallecida: *Sitio*: me aqueja una cruelísima sed. Se acuerda de cuantas veces refrescó sus labios con la leche de sus virginales pechos: quisiera convertir su co-

razón y su alma en una bebida refrigerante y calmar con ella su tormento; mas ¡ay! no le es posible, y en vez de este consuelo sus ojos le ven gustar la hiel y vinagre.

Pero en María hay un amor más fuerte que el de madre, el amor divino, el amor hácia Dios; y este amor le causa un dolor tanto más vehemente, cuanto las pasiones de la gracia exceden á las de la naturaleza. Sus ojos, como los de un águila soberana, estaban siempre fijos en el divino Sol de justicia, y contemplaban de continuo sus perfecciones admirables; de modo, que ni aún las acciones más indispensables de la vida podían interrumpir un momento su amorosa contemplación. Pues estando así herida y abrasada siempre de este divino amor, ¿por qué otra cosa había de suspirar su corazón amante sinó porque todas las criaturas se abrasasen en el fuego que á Ella la consumía? ¡Oh Dios! ¿qué dolor, qué angustia mortal sería la de su alma bendita, cuando en medio de estas ansias inexplicables viese tan inicuamente tratado por los hombres el que venía á salvarlos? ¡Oh Madre del dolor! ¿qué sentiais al ver con los ojos de la consideración atado á una columna y azotado como vil esclavo á Aquel, que lleva escrito en la orla de su vestido: Rey de reyes y Señor de los que dominan? ¿Qué pasaba en vuestro corazón al ver tratado como loco y mentecato la Sabiduría del Padre, al ver taladradas ante vuestros ojos aquellas manos poderosas para sacar del caos los cielos y la tierra, y aquella sangre preciosa, una de cuyas gotas era bastante para salvar mil mundos, pisoteada por aquellos mismos por cuya salvación se vertía? ¡Ah! Los cielos y la tierra se conmueven á la vista de tan horrendo espectáculo; lloran amargamente los ángeles de paz; tiemblan desquiciados los fundamentos del mundo; el sol se oscurece y se estremece el mismo Infierno. Pues ¿qué haría la Madre de Jesús, que mejor que todos conocía la dignidad de la víctima que se estaba entonces sacrificando? Ella le amaba más que todos los ángeles y los hombres; su dolor, pues, debió superar á todos los dolores juntos. Al dolor que le causaba este su amor divino y celestial, unid ahora el que produce en su alma el amor de madre, y encontraremos un dolor tan intenso y grande, que casi no cabe más en una humana criatura: encontraremos un dolor sumo, supuesto que es sumo su amor. Por eso no duda en afirmar San Anselmo, que los tormentos más crueles ejecutados con los santos mártires fueron lijeros y realmente nada respecto del martirio de María. Y San Basilio dice, que así como el sol excede en resplandor á todos los demás astros, así María con su dolor excedió los dolores de todos los demás



mártires. Y ¿qué extraño católicos? Los mártires sufrían en su cuerpo; María sufre en su corazón. Los mártires se consolaban en sus tormentos á la vista de un Dios crucificado; y el amor de este mismo Dios crucificado es la causa del dolor de María, es su único y cruel verdugo que la hace padecer sin ningun género de consuelo. Ved, pues, con cuanta razon nos pregunta esta angustiada Señora, si hay dolor que pueda compararse con el suyo.

Hemos podido formar una idea, aunque imperfecta, de los dolores que el amor de Jesús causó á su Santísima Madre; nos resta ponderar lijeramente los que la hizo sufrir su amor á los hombres.

El amor de Dios está tan íntimamente unido con el amor al prójimo, que á proporcion que el primero crece ó disminuye, crece tambien ó disminuye el segundo en nuestro corazón. El que ama verdaderamente á Dios, no puede ménos de amar igualmente todas las cosas amadas de Dios. Ahora bien; ¿hubo ni habrá jamás ni en el Cielo, ni en la tierra, una pura criatura que amase á Dios tan viva, tan ardentemente como María? No; y por eso no hubo ni habrá tampoco quien haya amado á los hombres tan tiernamente como los amó la Madre del Salvador. A tanto llegó su caridad para con nosotros, que, á imitacion del Padre, Ella, cuanto estuvo de su parte y á trueque de salvar al mundo en cuanto de sí dependía, ofreció tambien libre y espontáneamente á la muerte aquel Hijo tan querido de sus entrañas. Pues, siendo tal su amor hácia los hombres, ¿quién jamás se compadecería como Ella de las miserias de ellos? ¿Quién como Ella pudo sentir sus desgracias? Y hé aquí, católicos, el otro grande motivo de dolor en medio de sus tormentos. Para comprenderlo debidamente es necesario, que tentemos de sondear los dolores internos de Jesucristo pendiente de la cruz, con los cuales solamente son los de María comparables. No, no son los dolores que en su cuerpo padece por la crueldad de sus verdugos, los que más atormentan á Jesucristo en aquellas horas; son esa multitud de almas para las cuales en vano se derrama su sangre preciosa, y que de tropel se presentan á su vista. Pues esta triste y desconsoladora idea es tambien la que en aquellos instantes despedaza horriblemente el corazón de María, espejo purísimo donde se reproduce al vivo la Pasión del Salvador. Si; á María al pié de la cruz se le representan la dignidad y excelencia del alma inmortal; pondera el amor incomprensible de Dios hácia ella, su pérdida voluntaria é irrevocable, la eternidad espantosa en que ciegame se precipita; y á la vista de tantas almas como hasta entónces habian perecido, su alma caritativa desfallece de dolor y de compasion. Vuelve

despues sus ojos como buscando algun consuelo en las edades futuras; ¿y quién podrá columbrar la grandeza de sus dolores al considerar el espectáculo horroroso que se pone delante á su compasivo corazón? Allí se le presentan agolpadas á su imaginacion con los colores más vivos las densas tinieblas de la infidelidad, esparcida por tantos y tan dilatados países que rechazará la luz de la fé, y en donde el demonio orgulloso ostentará aún por tanto tiempo su horrible tiranía: allí la pestífera herejía, que negando uno tras otro todos los atributos de la Divinidad, desgarrá mil veces la túnica inconsútil de su Hijo, símbolo de la unidad é inmutabilidad de la Iglesia: allí la impúdica impiedad, que levantando altanera su horrible cabeza hollará todas las leyes, romperá todos los vínculos, y se atreverá insensata á disputar su trono al mismo Dios. Allí tambien se le presenta la fría indiferencia de los que se llaman sus hijos, que olvidados de sus deberes, despreciando ó huyendo de sus sacramentos, y engolfados en los cuidados terrenos, solo pensarán en fútiles pasatiempos, y vivirán como paganos en medio del cristianismo. Allí, en fin, se le pone delante el infierno, ensanchando su seno para recibir millares de víctimas de todas las pasiones, para quienes el sello de la sangre de su Hijo servirá solo para aumentar sus tormentos. Todo esto, católicos, se presenta ante los ojos de María en aquel instante. Y ¿qué pasará á consecuencia en su corazón? Tan grandes, tan intensos, tan amargos son los dolores que le causa ese espectáculo horroroso, que el profeta Jeremías no sabe explicarlos sinó comparándolos con la profundidad y grandeza del mar. Grande es como el mar tu amargura, ¡oh Virgen de Sion! Pues juntemos este dolor con el que produce en su alma el amor á su Hijo y á su Dios, y veremos con cuanta razon asegura San Bernardino de Sena, hablando de los dolores de María, que llegaron á tal grado de grandeza é intensidad, que si se hubieran repartido entre todas las criaturas, á ninguna de ellas le hubiese sido posible soportar la mínima porcion que le tocase, y todas hubieran caido muertas repentinamente. ¡Tan grande fué el tormento de la que por excelencia se llama Reina de los mártires!

Pero reasumamos y digámoslo de una vez: el amor de María es la causa de su dolor. María ve sufrir sin poderle aliviar en medio de sus dolores al mejor, al más digno, al más amable de los hijos, y su amor maternal, el más fuerte que hubo jamás en corazón de madre, atormenta del modo más cruel su bendita alma. A su presencia es cubierto de los más horribles oprobios aquel Dios, cuya dignidad y grandeza conoce mejor que todas las criaturas; y su inflamado amor



hacia Él la hace desfallecer de dolor y de espanto. María, en fin, ve en el discurso de los siglos tantas almas condenadas, tristes víctimas de todas las pasiones, y su tierno amor hacia los hombres sumerge su corazón en un mar de amargura. María, pues, sufre un dolor sumo, incomparable, porque es también sumo é incomparable su amor hacia su Hijo, hacia su Dios y hacia los hombres. De lo cual podemos inferir con cuánta razón nos dirige con el inspirado Jeremías aquellas tristes palabras: Atended, y ved si hay dolor como el dolor que yo padezco.

Y á la vista de este dolor, de que tanta causa ha sido el amor que María nos profesa, ¿qué corazón habrá tan insensible que no se sienta penetrado de compasión? Pero, católicos, una compasión estéril ¿será del agrado de María? ¿Aliviará las penas de esta Reina de los mártires? No; Ella solo se consolará en medio de su amargura cuando vea en los que, gloriándonos de ser sus hijos, llevamos la librea de su dolor, que la imitamos á nuestro modo en su conducta. Ella amó á Jesús; pues amémosle también nosotros, y en prueba de nuestro amor evitemos lo que fué la causa de sus tormentos. Evitemos las ofensas á Jesús, cumplamos fielmente los preceptos de su ley, aprovechémosnos de sus sacramentos, y, en una palabra, huyamos del pecado, que de nuevo pondría á Jesús en la cruz si necesario fuese, y que como cruel espada traspasa todavía el corazón maternal de María. Ella amó como hijos á todos los que Jesús redimió con su sangre. Imitémosla, y amemos también nosotros en Jesucristo á todos nuestros prójimos: sintamos sus trabajos, ayudémoslos en sus necesidades, consolémoslos en sus desgracias, y, sobre todo, guardémosnos de serles con nuestra conducta piedra de escándalo y motivo de perdición, para no renovar en el corazón de esta Señora el terrible dolor que al pié de la cruz le hacía sentir la perdición de las almas. De este modo nuestra compasión será fructuosa, agradará á María, y mitigará sus incomprendibles dolores, porque será una compasión que procederá del verdadero amor.

Pues ¡oh dulce Madre del amor y de la compasión! á Vos acudimos llenos de confianza vuestros hijos, para que nos deis ese amor, principio de la verdadera compasión, el amor que santifica por el dolor. Dádnosle, y dadnos también con él todos los bienes, pues de todos necesitamos. Vos sois la dispensadora de todos ellos; somos pobres y miserables, y por eso os invocamos ¡oh Madre de la misericordia! Somos débiles, y por eso nos acogemos bajo vuestro manto poderoso, porque Vos sois el socorro de los cristianos. A Vos, pues, acudimos

en todas nuestras necesidades; y ¿á quién mejor podríamos acudir, siendo Vos nuestra Madre y nosotros hijos vuestros, engendrados al pié de la cruz y en medio de vuestros dolores? Vuestro hijo Jesús, en quien Vos teníais todas vuestras complacencias, moribundo ya por nuestro amor, lo quiso así cuando nos dijo á todos en la persona de San Juan: «Vé ahí á tu madre.» Pues si sois nuestra Madre, ¡oh angustiada María! esto solo os pedimos llenos de confianza en vuestra ternura maternal: que os mostreis como madre con todos nosotros; que nos deis lágrimas de verdadera compunción, para que después de haberos amado y acompañado en vuestro llanto, podamos gozar con Vos de la vista de vuestro Hijo en el reino eterno de la gloria. Amen.